

SANTIAGO, 9 de Enero de 1933.

Señora Flora Yáñez de Echeverría,

Presente.

Mi distinguida amiga,

leí su novela y, como Ud. me lo pidió y yo se lo ofrecí, le daré mi parecer implacablemente.

Para mayor claridad, adoptaré el sistema de crítica más simple: decir primero lo bueno y después lo malo.

La primera cualidad de su obra - y la considero de tal importancia que cubre todas las otras, buenas y malas - es que se deja leer con suma facilidad, corre como el agua por una pendiente sin tropiezos, no aburre ni un instante. Esto es muy escaso y lo considero precioso. Creo y he dicho por ahí que no se debería hablar mal sino de las novelas que no se han leído, mejor dicho, de las que no se han podido leer; el objeto de las novelas consiste, precisamente, en eso, en hacerse leer, en pasar el rato, en ausentarse por un momento de la realidad real hacia la realidad imaginaria. Pero, naturalmente, eso no basta al lector ni al autor. En ambas realidades existen agrados y desagradados. En la creada por Ud., después del agrado de sentirse prisionero de la lectura, descubro el agrado del ambiente, que no se rompe nunca y envuelve todos los capítulos y pasajes de la novela; siempre está uno en el campo, en la casa de campo, entre los olores y los rumores del campo, entre las personas, los animales y los árboles que evocan el encanto de la vida campestre. Es una especie de "leit motif" continuo, pero no exagerado, dentro de una medida y una livianura muy francesas, aunque la obra es tan criolla. Y esto constituye otra rareza. La literatura nacional, cuando quiere ser "autóctona", como dicen, carece frecuentemente de mesura, da en las descripciones exageradas y en el detalle pedestre, repetido, insistido. Ud. pasa con rapidez. Y aunque la intriga tiene mucha unidad, no le falta el otro elemento indispensable: la variedad. Luego, todo eso camina, anda, se mueve hacia un fin que interesa.

Para decirle lo malo, será preciso tirar un poco más la cuerda y exigir condiciones aun más raras.

-2-

Encuentro en su obra, especialmente en los personajes, sobre todo en los diálogos, cierta timidez que le impide pintar la vida francamente e individualizar los caracteres. De aquí cierta impresión demasiado "de novela", de cosa que ya se ha escrito y que se ha leído en alguna parte. ¿Tuvo Ud. a la vista modelos verdaderos? Se me figura que sí; pero no los copió ni los tradujo, crudamente, sino que los estilizó y suavizó en demasía; no quiso que los pudieran reconocer. Y a menos de ser un genio capaz de síntesis enormes, se necesita ese valor de arriesgarse a que reconozcan a los modelos, más aun, hay que proponerse retratar a las personas de tal modo que, en un rasgo, en un gesto, en una palabra, en una actitud, cuando lo encontremos por ahí lo distingamos inmediatamente y digamos: -Este es. -Y no otro, aunque haya miles. No hago sino repetirle el célebre consejo de Flaubert a Maupassant. Este principio tiene una raíz profunda. Proviene de que la tarea de escribir consiste no tanto en decir lo que se ve y lo que se siente, sino en no decir lo que se ha visto y se ha sentido, en no repetir, aun inconscientemente. El modo de lograrlo es ceñirse ciegamente a la realidad, descubrir en cada cosa y en cada persona el rasgo único, distintivo, inconfundible. Todos los tiene. No hay nada igual a nada ni nadie igual a nadie. Cada instante que pasa tiene su personalidad, cada sér, su sello, cada objeto, su línea, su color, su matiz. No hay dos puestas de sol idénticas ni dos amorfes exactamente parecidos. Los genios pueden crear como la Naturaleza; los demás deben contentarse con ver profundamente y transcribir, retratar. Basta a veces una frase o una palabra; pero hay que distinguir las entre mil palabras y mil frases. Esa es la sola manera de no repetir: apegarse a la Naturaleza que no repite jamás, no soltarla, no perderla de vista, embarcarse en ella, volver siempre a ella. El ensueño, la simetría, el deseo de agradar, de componer, de estilizar, de producir tales o cuales efectos nos apartan y nos conducen hacia cierto modelo que, desgraciadamente, resulta muy semejante a otros modelos. De ahí la uniformidad de la novelas inventadas o hechas en virtud de cierta tesis ajena a la observación directa de la realidad. Se me figura que Ud., ante todo, al escribir, quería... escribir, hacer una novela, poderse decir y poder decir: -He hecho una novela. -La ha hecho. Está muy bien. Pero eso no basta. Hay muchas novelas. En cambio, faltan observaciones de la realidad, transcrip -

ciones agudas, retratos fieles. Los personajes de su obra se resienten de esa timidez para encarar la vida. No tienen bastante sabor de cosa cierta. Y los diálogos me parecen convencionales. Los diálogos es lo más difícil; porque tienen que dar la sensación de la palabra oída y no ser la palabra tal como se oye. Algunos de sus personajes usan en la conversación expresiones que no se usan en el lenguaje corriente. Por ejemplo "mentalidad". Ud. la emplea bastante. Es un detalle. En ciertas circunstancias, acentuándola de cierto modo, se puede hablar y se habla de la mentalidad de una persona; pero en su novela yo la hallo disonante casi siempre. Si Ud. quiere aquilatar los diálogos, léalos en voz alta y compare con la impresión que deja una persona que ha llegado y charla. Tal vez sería mejor suprimir los diálogos y narrar, sencillamente. Se obtienen efectos muy curiosos de lejanía; no es la impresión inmediata y vigorosa del diálogo, pero se elude la dificultad y se consiguen otros resultados, entre ellos, la verosimilitud, base de todo. La novela tiene que "parecer" cierta, necesita imperiosamente alguna falta de lógica, como sucede en la vida. La realidad nunca es tan de una hebra como los libros y las cosas pasan de una manera más inesperada que en las novelas.

Desgraciadamente, al darle este consejo, yo sé mejor que nadie sus dificultades prácticas. ¿Cómo, en un mundo tan pequeño como éste, llevar la vida verdadera, ajena o propia, a las páginas de un libro y publicarlo? Lo hice una vez. No me atrevería a repetirlo, no podría. Los materiales sobran y bastaría combinarlos un poco; pero, en seguida, sería preciso desterrarse de Chile. Eso es lo que aquí les ata las manos a los escritores. Algunos pintan el pueblo, lo que no presenta ningún inconveniente; pero se necesita un talento especial para descubrir el verdadero interés en ese medio y hasta ahora sólo Marta Brunet, en una sola obra, lo ha demostrado. Y en una escala reducida. La clase alta que Ud. conoce es interesantísima con su gran variedad de tipos acentuados; pero ¿quién se atreve a clavarla?

Sin embargo, como aquí se trata de vida campesina, tal vez podría Ud. intensificar sus personajes, individualizándolos. ¿Cómo? Esto ya sería muy largo. Y lo esencial creo habérselo dicho.

Estoy seguro de que, publicada, su novela tendría éxito; pero no el éxito que seguramente quiere Ud. y el que yo querría para Ud., porque sé que puede alcanzarlo.

El éxito de la obra rara y única que parece renovar el mundo y descubrirnos cosas que no sabíamos, espectáculos que no habíamos visto, matices de sensaciones y sentimientos que no habíamos experimentado. La obra que no parece escrita, sino vivida y tiene todos los titubeos, los pasos disparejos y las vueltas incoherentes de la verdad. Mire Ud. cualquier vida, cualquiera, sígala en un período un poco largo y vea qué rara parece, qué distinta de lo que se imaginaba quien la vivió, qué sarcástica a veces en sus contrastes y, siempre, qué desconcertante. Esa aspereza, ese relieve, eso es lo que da la observación atenta y la copia fiel - dentro del arte y de la idea, sin los cuales no hay elevación ni interés superior.

Sin embargo, como ensayo, para ver la impresión que produce en el público, le aconsejaría publicar con seudónimo su obra. Es una experiencia tan interesante; Y al fin y al cabo, el libro tiene demás las condiciones que se necesitan para presentarse decorosamente ante el mundo. Publicarlo, ver el efecto y después seguir escribiendo.

Espero que, cuando a su regreso conversemos, le explayaré más estas observaciones hecha inmediatamente después de la lectura y con la más abierta, sencilla y cruda sinceridad.

Deseándole un viaje muy agradable por el Sur - y que no deje de tomar apuntes - la saluda afectuosamente

su amigo y s.s.

